

// Dossier // Verónica Juliano, Martina Palavecino Bó y Elina Espeche (coords.)

Mujeres: labores, oficios y tareas

Cuidar, repetir, desaparecer: la maternidad como trabajo de desgaste en “Como una buena madre” de Ana María Shua

Leyla Abad¹

Recepción: 5 de mayo de 2026 // Aprobación: 15 de junio de 2026

Resumen

El artículo analiza el cuento “Como una buena madre” de Ana María Shua a partir de una lectura que concibe la maternidad como forma de trabajo sostenida por la repetición, la autoexigencia y el desgaste. A partir de aportes de la crítica feminista y del psicoanálisis —en diálogo con Silvia Federici, Joan Tronto y Julia Kristeva—, se propone leer el relato como puesta en escena de la maternidad intensiva, donde el cuidado se configura como práctica ininterrumpida, normativizada y no reconocida. El análisis se organiza en torno a tres ejes: el mandato de la “buena madre” como dispositivo de vigilancia, la lógica repetitiva del trabajo de cuidado y la inscripción del desgaste en el cuerpo materno. Se sostiene que el cuento no solo desarticula el ideal normativo de la maternidad, sino que produce un archivo del cuidado que visibiliza sus condiciones materiales, sus tensiones afectivas y sus efectos subjetivos.

Palabras clave: maternidad - trabajo de cuidado - archivo del cuidado - desgaste - crítica feminista

Caring, Repeating, Disappearing: Motherhood as Attritional Labor in Ana María Shua’s “Como una buena madre”

Abstract

This article analyzes the short story “Como una buena madre” by Ana María Shua through a reading that understands motherhood as a form of labor sustained by repetition, self-imposed demands, and bodily exhaustion. Drawing on feminist theory and psychoanalysis—in dialogue with Silvia Federici, Joan Tronto, and Julia Kristeva—the article interprets the narrative as a staging of intensive motherhood, where care appears as a continuous, regulated, and unrecognized practice. The analysis is structured around three axes: the mandate of the “good mother” as a mechanism of surveillance, the repetitive logic of care work, and the inscription of exhaustion onto the maternal body. It argues that the story not only dismantles the normative ideal of motherhood but also produces an archive of care that makes visible its material conditions, affective tensions, and subjective effects.

Keywords: motherhood - care work - archive of care - bodily exhaustion - feminist criticism

¹ Magíster en Estudios Culturales por la Universidad Católica del Perú (PUCP). Psicoanalista en formación en la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). E-mail: abadleyla@gmail.com

Introducción

En las últimas décadas, los estudios feministas han insistido en desnaturalizar la maternidad como destino biológico o identidad esencial, para pensarla como una construcción histórica atravesada por relaciones de poder, dispositivos de regulación y formas específicas de organización del trabajo. En este marco, una de las operaciones críticas más productivas ha sido visibilizar el carácter laboral del cuidado, entendido no solo como práctica afectiva, sino como una actividad sostenida, repetitiva y estructuralmente invisibilizada dentro de la economía social. Lejos de constituir un gesto espontáneo o instintivo, el ejercicio de la maternidad implica una serie de tareas, rutinas y exigencias que configuran un régimen de trabajo no remunerado, cuya naturalización ha contribuido a su desvalorización sistemática.

En tanto forma privilegiada del cuidado, la crianza se presenta como un trabajo de límites difusos, potencialmente inagotable y atravesado por expectativas desmesuradas. La exigencia de llevarla a cabo de manera “correcta” no solo proviene del entorno social, sino que se internaliza como autoexigencia, configurando un horizonte inalcanzable que roza lo idealizado. En este sentido, como señala Joan Tronto (1993), el cuidado no puede reducirse a una disposición afectiva o moral, sino que constituye una práctica compleja que implica atender, asumir responsabilidades y sostener acciones concretas orientadas a la preservación de la vida. Sin embargo, esta dimensión activa rara vez se inscribe en un registro visible: lo que ocurre en el proceso de criar tiende a disolverse en la repetición cotidiana, como si en el acto mismo de sostener — cargar, limpiar, ordenar — la madre se desdibujara, volviéndose opaca no solo para el sistema, sino también para sí misma.

La ausencia de un archivo del cuidado —o su persistente fragmentación en relatos dispersos, saberes informales o manuales normativos— da cuenta de su relegación histórica al ámbito de lo no registrado. En este contexto, las producciones culturales adquieren una relevancia particular, en tanto posibilitan la inscripción de esa experiencia difícil de capturar: no solo como práctica material, sino también como forma de pensamiento y de sostenimiento de la vida.

En este trabajo, la noción de archivo de cuidado no se utiliza en un sentido documental o institucional, sino como una categoría analítica que permite pensar las formas en que determinadas producciones culturales registran experiencias, prácticas y saberes asociados al trabajo cotidiano de sostener la vida. Más que un archivo estable o sistémico, se trata de una inscripción fragmentaria de tareas, afectos y desgastes que suelen permanecer fuera de los relatos oficiales sobre la maternidad. Desde esta perspectiva, la literatura puede funcionar como un espacio privilegiado para hacer visible

aquello que el carácter repetitivo y aparentemente ordinario del cuidado tiende a borrar o naturalizar.

En sintonía con estos debates, el presente artículo propone analizar el cuento “Como una buena madre” de Ana María Shua a partir de una lectura que desplaza el eje de la identidad hacia la productividad. En lugar de abordar la maternidad exclusivamente como experiencia subjetiva, se plantea que el texto construye una figura materna sometida a una lógica de rendimiento constante, donde el cuidado se traduce en trabajo continuo y la subjetividad en función operativa. De este modo, el relato permite interrogar los modos en que el ideal de la “buena madre” se articula con formas de autoexigencia, vigilancia y control que exceden el plano afectivo para inscribirse en una economía del esfuerzo y del desgaste.

Este enfoque resulta particularmente pertinente en el marco del dossier “Mujeres: labores, oficios y tareas”, en tanto permite problematizar la maternidad como una de las formas más extendidas —y menos reconocidas— de trabajo. A partir de herramientas provenientes de la crítica feminista y, en menor medida, del psicoanálisis, el análisis se organiza en tres momentos: el modelo normativo que estructura la maternidad, su inscripción como trabajo repetitivo e intensivo, y sus efectos sobre el cuerpo y la subjetividad. El artículo sostiene que el relato construye la maternidad como un dispositivo de producción intensiva que transforma el cuidado en obligación y el amor en rendimiento. En este marco, resulta significativo que la protagonista carezca de nombre: no es una omisión menor, sino un indicio de la forma en que la identidad queda subsumida bajo la función que debe cumplir.

La elección de “Como una buena madre” resulta particularmente significativa porque el cuento anticipa una serie de problemáticas que han adquirido creciente visibilidad en los debates contemporáneos sobre maternidad, cuidado y trabajo reproductivo. Publicado en 2001, el relato aborda de manera temprana cuestiones vinculadas a la sobrecarga materna, la exigencia de disponibilidad permanente y la tensión entre los ideales normativos de la maternidad y la experiencia concreta del cuidado. Asimismo, dentro de la producción de Ana María Shua, el texto destaca por su representación irónica y extrema de la vida doméstica, convirtiendo escenas cotidianas de crianza en una reflexión crítica sobre las condiciones materiales y afectivas que sostienen el trabajo del cuidado. En este sentido, el cuento constituye un corpus especialmente productivo para pensar aquello que aquí denominamos archivo del cuidado: un registro de prácticas, esfuerzos y desgastes que suelen permanecer invisibilizados en otros discursos sobre la maternidad.

El ideal de la “buena madre”: vigilancia y autoexigencia

El ingreso al universo de “Como una buena madre” se produce bajo el signo de una normatividad ya instalada. La maternidad no aparece como una experiencia que se construye en la práctica, sino como una actividad previamente definida por discursos que la anteceden y la regulan. La protagonista aprende a materner a través de los libros: “Mamá siempre leía libros acerca del cuidado y la educación de los niños [...] las madres [...] eran capaces de adivinar las causas del llanto de un chico” (Shua, 2001, p. 7).

Este modelo instala una exigencia precisa: el amor materno se mide en términos de eficacia. La madre debe anticipar, interpretar, resolver. No hay margen para la duda ni para el error. En este punto, el relato pone en escena lo que puede pensarse, siguiendo a Michel Foucault (1975), como una forma de poder que no se ejerce únicamente desde la coerción externa, sino a través de la internalización de la vigilancia. La madre no solo es observada por un conjunto difuso de saberes expertos, sino que incorpora esa mirada como criterio de autoevaluación permanente.

La tecnificación de la maternidad intensifica esta exigencia. Los manuales prometen orientación, pero producen estandarización. Sin embargo, estos discursos no se limitan al ámbito experto: circulan también en el entramado cotidiano, donde el entorno cercano reproduce y actualiza constantemente criterios sobre lo que implica “cuidar bien”, muchas veces como si se tratara de un saber incuestionable. La protagonista intenta aplicar fórmulas aprendidas —“Calma. Firmeza. Autoridad. Amor” (Shua, 2001, p. 9)— como si el cuidado pudiera ejecutarse correctamente. Sin embargo, la reiteración de estas consignas no resuelve el caos, sino que evidencia la distancia entre el modelo prescrito y la experiencia vivida. En lugar de ofrecer seguridad, estos discursos instauran un régimen de exigencia que deja poco margen para la espontaneidad o la duda.

El ideal de la “buena madre” deja así de ser una aspiración para convertirse en un mecanismo de regulación constante. Cada decisión cotidiana queda sometida a evaluación. La subjetividad materna se redefine en términos funcionales: no importa lo que la madre siente, sino si cumple. Y como ese ideal es estructuralmente inalcanzable, la exigencia produce desgaste desde su propia formulación.

Esta tensión encuentra una formulación particularmente elocuente en la carátula del libro: una mujer amamanta mientras de sus dedos brotan gotas de sangre. La imagen condensa la paradoja central del relato: la maternidad como espacio de cuidado, pero también como territorio de desgaste. La sangre —desplazada de los pezones hacia las manos— insiste en una dimensión clave: materner no es solo dar, sino hacer. El

cuidado aparece así como una práctica manual, repetitiva, que consume el cuerpo en el mismo acto de sostener la vida.

Cuidar como trabajo: repetición y desgaste

A medida que el relato avanza, la maternidad se desplaza del plano normativo hacia su dimensión material: el cuidado se revela como trabajo. La temporalidad se vuelve saturada; las tareas no suceden de manera lineal, sino que se superponen. La protagonista cocina, limpia, atiende, responde, corre. No hay pausa ni posibilidad de cierre. El cuidado se configura como un circuito continuo que exige disponibilidad constante.

La acumulación de escenas intensifica esta dinámica: el ruido, el conflicto y la interrupción constante erosionan cualquier posibilidad de organización. “¡Cállense [...] ¡Hagan lo que quieran, pero cállense!” (Shua, 2001, p. 14). Esta exclamación condensa una reacción desesperada que desborda cualquier intento de control. En este contexto, la repetición deja de organizar la vida cotidiana para convertirse en un mecanismo de desgaste. Cada acción se agota en su ejecución y es inmediatamente reemplazada por otra, sin que nada llegue a consolidarse como resultado.

En este punto, el cuento permite pensar el cuidado en términos de trabajo intensivo, en línea con los planteamientos de Silvia Federici (2013), quien ha señalado el carácter central —aunque históricamente invisibilizado— del trabajo reproductivo en el sostenimiento de la vida social. Esta condición se radicaliza en lo que Sharon Hays (1998) conceptualiza como “maternidad intensiva”: un modelo que exige una dedicación total, sin margen para la interrupción ni para el error. La experiencia de la protagonista encarna esta exigencia: sostiene, organiza, repara, pero nada de ello se estabiliza; todo vuelve a comenzar.

A diferencia de otras formas de trabajo, el cuidado materno se define por su carácter incesante y por la imposibilidad de fijar sus efectos. Aquello que produce —la continuidad de la vida— no se acumula ni se registra como resultado visible. En ello reside la dificultad de pensar un archivo del cuidado: sus gestos —limpiar, alimentar, calmar, sostener— se consumen en el mismo acto de su realización. Su carácter cíclico e infinito hace que en la repetición misma se configure una forma particular de inscripcón: una práctica que se agota en su ejecución y que, precisamente por ello, resiste ser reconocida como trabajo.

Esta condición no es espontánea. Como ha mostrado Beatriz González Stephan (1995), las prácticas domésticas han sido históricamente moldeadas por discursos normativos que transforman el cuidado en una serie de gestos repetibles y evaluables.

En el relato de Shua esta sedimentación se hace visible en la insistencia de la protagonista por ajustar su accionar a modelos previamente establecidos, sin que ello logre contener el desborde de la experiencia.

Este régimen de trabajo se inscribe directamente en el cuerpo. La madre no solo realiza tareas: su cuerpo deviene soporte material del cuidado. A lo largo del relato, sufre cortes, quemaduras, golpes y torceduras; no como incidentes aislados, sino como marcas acumulativas de una sobrecarga constante. El cuidado deja huellas que el propio régimen que las produce se encarga de invisibilizar.

De este modo, la repetición no funciona como principio de estabilidad, sino como condición de desgaste. Y ese desgaste, al no ser reconocido como efecto de un trabajo, se naturaliza. La madre sostiene sin pausa y sin reconocimiento, atrapada en una dinámica que exige continuidad absoluta.

En este marco, el cuerpo materno deja de ser el soporte de una experiencia para convertirse en el instrumento mismo del trabajo. Como sostiene Simone de Beauvoir (2005), la reducción de lo femenino a su función reproductiva implica su captura en una lógica de uso: un cuerpo que gesta, alimenta y sostiene. En el cuento esta reducción se materializa en la exposición de un cuerpo exigido hasta el límite, donde el cuidado ya no aparece como vínculo, sino como forma de desgaste sostenido.

El límite del cuidado: cuerpo y violencia

El desarrollo del relato conduce inevitablemente a un punto de quiebre. La escena final condensa esta deriva de manera extrema: “El índice de la mano derecha del bebé entró en el ojo de mamá provocándole una profunda lesión en la córnea” (Shua, 2001, p. 24). La violencia irrumpe en el núcleo mismo del vínculo que la maternidad debería resguardar. No proviene de una amenaza externa, sino del interior de la escena de cuidado.

En este desplazamiento, el hogar —tradicionalmente asociado a la protección— se transforma en un espacio inquietante, en el sentido de lo ominoso formulado por Sigmund Freud (2009): aquello que, siendo familiar, deviene extraño. La maternidad deja de operar como garantía de contención para revelarse como una experiencia desbordada, donde las fronteras entre cuidado y agresión se vuelven inestables.

Es en este punto donde emerge lo monstruoso, no como irrupción de una alteridad externa, sino como efecto de una exigencia que ha llevado al límite la capacidad de sostener. La narrativa de Shua recurre a lo grotesco y a la ironía para exponer la violencia implícita en el ideal materno. Como plantea Julia Kristeva (2006), lo abyecto no proviene del afuera, sino de aquello que el orden necesita expulsar para sostener

su coherencia. En el cuento esta dimensión se manifiesta en la disolución de las fronteras entre el cuerpo propio y el ajeno, en la inversión del hogar como espacio de cuidado y en la figura materna atravesada por una experiencia que ya no puede contener.

Esta lectura se refuerza en la estética del relato que, como ha señalado Francisca Noguerol (2020), se inscribe en una poética de lo grotesco y lo inquietante. La maternidad aparece así no como plenitud, sino como un campo de tensiones donde el mandato de entrega total conduce a la cancelación del yo y a la progresiva desfiguración de la subjetividad.

La ambivalencia, estructural a la experiencia materna, emerge en el relato bajo la forma de pensamientos que el ideal normativo no admite. Cuando la madre enciende el televisor para calmar a sus hijos y piensa que “se iban a quedar ciegos y sordos y que se lo tenían merecido” (Shua, 2001, p. 9), se pone en evidencia un registro afectivo que desborda el discurso del amor incondicional. En este punto resuenan los planteamientos de Donald Winnicott (1981) sobre el odio materno como componente constitutivo del cuidado. Sin embargo, en el relato este afecto no encuentra vías de elaboración, sino que queda atrapado en un circuito de culpa y exigencia.

La subjetividad materna se configura así bajo una presión constante. La madre se vigila, se corrige, se acusa. El ideal de la “buena madre” deja de operar como horizonte para convertirse en instancia de sanción permanente. En este contexto, lo monstruoso no remite a una desviación individual, sino al efecto de una estructura que exige más de lo que cualquier sujeto puede sostener. Como señala Amelia Valcárcel (1997), la imposición de un ideal de excelencia absoluta cancela la posibilidad del error y, con ello, la elaboración de la ambivalencia, produciendo sujetos atrapados en dinámicas de control interiorizado.

La escena en la que la madre se encierra en el baño con el bebé condensa este colapso: el cuidado deviene encierro, la protección aislamiento, el amor una forma de resistencia desesperada. El desborde no aparece como excepción, sino como consecuencia necesaria de un régimen que transforma el cuidado en exigencia absoluta, llevando al límite tanto el cuerpo como la posibilidad misma de sostener un vínculo.

Conclusión

El recorrido propuesto ha permitido leer “Como una buena madre” de Ana María Shua como una crítica al cuidado entendido como trabajo intensivo. La maternidad aparece como una práctica regulada, repetitiva y exigente, cuya naturalización ha ocultado tanto su carácter productivo como sus efectos sobre los cuerpos que la sostienen.

El relato no solo visibiliza este trabajo, sino que expone sus límites: el desgaste, la ambivalencia y el desborde. La figura materna no fracasa por incapacidad individual, sino porque el modelo que se le impone es estructuralmente inviable. En este sentido, el texto no se limita a cuestionar el ideal de la “buena madre”, sino que pone en evidencia las condiciones que lo hacen posible.

No se trata de un archivo estable del cuidado, sino de una inscripción fragmentaria de aquello que la repetición cotidiana vuelve difícil de percibir: el trabajo, el desgaste y las tensiones que sostienen la vida. Allí donde el cuidado se agota en el acto mismo de sostenerla, el relato deja registro de experiencias que de otro modo se perderían en la continuidad de lo cotidiano.

Interrogar el ideal materno implica, entonces, no solo desmontar una ficción normativa, sino también reconocer que el problema no radica en las madres, sino en un régimen de trabajo que exige sostener la vida bajo condiciones que hacen inevitable el desgaste. Pensar el cuidado en estos términos permite imaginar formas que no se sostengan en la exigencia de sacrificio absoluto. Si este modelo es una construcción histórica, también lo es su transformación. Y es precisamente en la visibilización de sus fisuras donde comienza a delinearse la posibilidad de otros modos de maternar e, incluso, de no maternar.

Bibliografía

- Beauvoir, S. (2005). *El segundo sexo*. Cátedra.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero*. Traficantes de Sueños.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (trad. A. Ribas). Siglo XXI.
- Freud, S. (2009). *Lo ominoso*. En *Obras completas* (vol. XVII). Amorrortu.
- González Stephan, B. (1995). *Esplendores y miserias del siglo XIX: Cultura y sociedad en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Hays, S. (1998). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Paidós.
- Kristeva, J. (2006). *Los poderes de la perversión*. Siglo XXI Editores.
- Noguerol, F. (2020). Matrices violentas: Una poética del grotesco. En R. Berroa & M.A. Pérez López (Coords.), *El cuerpo hendido: Poéticas de la m/paternidad* (pp. 340–366). Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Shua, A. M. (2001). *Como una buena madre*. Sudamericana.
- Tronto, J.C. (1993). *Moral boundaries: A political argument for an ethic of care*. Routledge.
- Valcárcel, A. (1997). *La política de las mujeres*. Cátedra.
- Winnicott, D. W. (1981). El odio en la contratransferencia. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Laia.